

LOS CAMBIOS EN EL EJÉRCITO: LOS HOPLITAS

Entre los tiempos de Hesíodo y los de Heráclito, es decir, en los siglos VII y VI, se han formado y consolidado las estructuras básicas de la Ciudad-Estado. Esta etapa, decisiva para la consolidación de la polis como comunidad autónoma y autárquica, es una época de profundas crisis sociales y de experiencias revolucionarias, una época revuelta y creativa, en la que se operan algunos de los cambios fundamentales en la organización de ese espacio cívico, que constituye el marco ideológico e institucional al que se referirá toda la teoría política griega hasta los finales del helenismo. Es en esta etapa, que se suele denominar «arcaica» en oposición al periodo clásico, cuando se definen los rasgos de las ciudades, numerosas y diversas, celosas de su independencia y de talante agresivo hacia los vecinos; es la etapa colonial y agonal, según J. Burckhardt. El auge de la colonización va acompañado por la aparición y la expansión del comercio, y de profundos movimientos sociales, en los que la aristocracia tradicional se ve desplazada por miembros ascendentes de la clase inferior, enriquecidas familias y representantes de los nuevos defensores de la ciudad: los hoplitas. La realeza estaba ya en franca desaparición en muchas ciudades, o bien subsistía con claras limitaciones dentro de la nueva estructura política, como sucede, por ejemplo, en Esparta, con los dos reyes (que dirigen las guerras, pero ven muy disminuidos sus poderes en asuntos políticos en tiempos de paz). El cuadro que había pintado Homero de la Ítaca de Ulises en la *Odisea*, reflejaba bien los problemas de una casa real frente a los nobles; el príncipe Telémaco no podía lograr el apoyo de la asamblea frente a los pretendientes, dispuestos a repartirse o conquistar el dominio real mediante un buen arreglo. El *basileus* era ya un *primus inter pares*; pronto desapareció o se integró en el grupo de nobles que se repartían el mando compartido y limitado por la constitución, que en su origen suele ser fuertemente aristocrática. Pero ese poder aristocrático es discutido y amenazado por la evolución económica y social de muchas *póleis*.

No vamos a entrar ahora en los detalles del proceso histórico al que aludimos. Señalaremos tan sólo algunos fenómenos que son del mayor interés para la consideración crítica del mismo: la significativa aparición del hoplita, la acción de los reformadores políticos, y las tiranías con su enorme influencia en el momento.

La transformación de las técnicas del combate y del armamento a mediados del siglo VII transforman no sólo el arte de la guerra, sino la imagen misma del guerrero y su puesto en el orden social. El hoplita es el combatiente de a pie, con armadura entera, pica y gran escudo, que pelea en formación cerrada, codo con codo unido a sus iguales, en una formación estricta, de falange primitiva. Es un nuevo tipo de guerrero, opuesto al antiguo jinete que pelea en solitario y arroja sus lanzas como los héroes iliádicos. Todos los ciudadanos que pueden costearse el pesado armamento del hoplita forman el cuadro solidario de esa tropa disciplinada, que defiende a la ciudad. No son ya los caballeros de la aristocracia quienes forman el núcleo del ejército, sino estos hoplitas ciudadanos, pequeños propietarios libres que, luego, harán valer en la asamblea del *demos* sus derechos.

«La democratización de la función militar –antiguo privilegio aristocrático– implica una renovación completa en la ética del guerrero. El héroe homérico, el buen conductor de carros, podía sobrevivir aún en la persona del *hippeus* (el caballero); ya no tiene mucho de común con el hoplita, este soldado-ciudadano. Lo que contaba para el primero era la proeza individual, la hazaña realizada en combate singular. En la batalla, mosaico de duelos individuales en que se enfrentaban los *prómachoi*, el valor militar se afirmaba en forma de una *aristeia*, de una superioridad enteramente personal. La audacia que permitía al guerrero realizar aquellas acciones brillantes la encontraba en una especie de exaltación de furor bélico, la *lyssa*, a la que lo arrojaba, poniéndolo fuera de sí, el *menos*, el ardor

inspirado por un dios. Pero el hoplita no conoce ya el combate singular; tiene que rechazar, si se le ofrece, la tentación de una proeza puramente individual. Es el hombre de la batalla codo a codo, de la lucha hombro a hombro. Se le ha adiestrado para guardar la fila, para marchar en orden, para lanzarse a un mismo paso con los demás contra el enemigo, para cuidar, en lo más enconado del combate, de no abandonar su puesto. La virtud guerrera no es ya fruto de la orden del *thymos* (el furor bélico); es resultado de la *sophrosyne* (la prudencia): un dominio completo de sí, una constante vigilancia para someterse a una disciplina común, la sangre fría necesaria para refrenar los impulsos instintivos que amenazan con perturbar el orden general de la formación. La falange hace del hoplita, como la ciudad del ciudadano, una unidad intercambiable, un elemento similar a todos los otros, y cuya *aristeia*, cuyo valor individual, no debe manifestarse ya nunca, sino dentro del orden impuesto por la maniobra de conjunto, la cohesión de grupo, el efecto de masa, nuevos instrumentos de victoria».

Estas líneas de J. P. Vernant subrayan con claridad lo esencial de la nueva concepción del guerrero y del combate según la táctica hoplítica. La significación de ese cambio en la conducta del guerrero tiene, como él señala un simbolismo ético y político evidente: democratización de la guerra, sometimiento al espíritu de comunidad. Los héroes de la *Ilíada* combatían por el honor y el botín personal, si bien ya, en el lado troyano, algunos, como Héctor, peleaban por su ciudad. Ahora, en la época de los hoplitas, todos combaten por su ciudad, y Tirteo, en Esparta, proclamara que «es hermoso morir por la patria». Es este poeta espartano que redactó sus poemas a mediados del siglo VII, quien mejor representa y canta el nuevo tipo de guerra, exhortando a los espartanos al sangriento choque de lanzas y escudos, con la táctica hoplítica: «Avancemos trabando muralla de cóncavos escudos, / marchando en hileras Panfilios, Hileos y Dimanes, / y blandiendo en las manos, homicidas, las lanzas...». «Hermoso es morir si uno cae en la vanguardia, como valiente guerrero que por su patria pelea».

Carlos García Gual, "La Grecia Antigua",
en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la Teoría Política* (vol. 1)